

LA · NOVELA · CORTA



Hasta Penacer

Carmen de Burgos "Colombine..."

20 cts

N.º 422
Año IX

LA NOVELA CORTA

Madrid 5
Enero 1924

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-924

AGENTE EXCLUSIVO PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

Guatemala: D. LA RIVA HERMANOS.-2.ª Avenida Sur, n.º 2.-Guatemala C. A.

Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.

LA COPA DEL OLVIDO

Episodio cómico en tres actos, original de

ENRIQUE PARAD S Y JOAQUÍN JIMENEZ

publicará mañana domingo

LA NOVELA TEATRAL

ESTA OBRA NO

40 cts.

SE PRESTA

ALMANAQUE LA GRACIA

1924

UNA PESETA

**22 PAGINAS EN TRICOLOR. — 2 EN
BICOLOR.—MULTITUD DE CARICATURAS
E INTERESANTISIMOS ARTICULOS DE
PRIMERAS FIRMAS**

SE HA PUESTO A LA VENTA EL DIA 22 DE DICIEMBRE

HASTA RENACER

NOVELA INÉDITA

R-4050 A

Carmen de Burgas (Colombine)

(I CIONES DE MEL.)

I



París tenía ese tono gris, un poco húmedo de la mañana, con la ligera bruma que parecía envolverlo todo.

Cubierta con su abrigo y su gorra de pieles, Luisa abría la naricilla graciosa como si quisiera respirar París, después de la larga ausencia.

Se acurrucaba en el fondo del auto con un placer superior a todos los gozados en sus viajes. El placer de la vuelta a París. Le parecía que olía a París, en el perfume que se escapaba de la tierra y del río. Las calles tenían el piso blando, como almohadillado. Era como si el auto se deslizara meciéndola. Miraba con cariño todos aquellos edificios del Quai d'Orsay, con su pátina brumosa, la corriente del río, que cruzó Alejandro III, para ir a la orilla derecha; pasó bajo los arcos de las Tullerías y fué a detenerse en el Hotel del Louvre.

Era aquella su tierra, aquel su ambiente. Respiraba como un pez al que después de tenerlo largo rato en la mano lo vuelven a echar al agua. El encanto de París se apoderaba de ella, como de todos los que lo han gozado una vez, para añorarlo siempre como la verdadera patria.

—Quizás no haya nada que supere a este momento de la llegada—se dijo—. Este primer momento de respirar la madre-selva del Sena y de ver desparezarse y abrirse para nosotros la gran ciudad.

Pidió una de las mejores habitaciones y se sentó en una butaca cerca de la ventana. Se le hacía extraño estar en un hotel en París.

No se había dado cuenta de que el auto no la conducía a su casa, que ella ya no tenía casa en París; y sentía un malestar de verse allí extranjera, viviendo en un hotel.

—Esto no puede ser—pensó—; yo necesito instalarme aquí. Pero necesito una persona que me guíe. Voy a escribirle a Renée que es la única que conozco.

Se acercó a la mesita, escribió unas líneas y llamó a la camarera para que le llevaran a su destino.

Mientras esperaba la contestación, Luisa comenzó a recordar su amistad con Renée. La había conocido en una de aquellas temporadas que acostumbraba a pasar en París con su madre. Renée era entonces la mujer a la moda, de la que se hablaba en todas partes. Tenía una historia inquietante para su imaginación juvenil. Era la mujer que había viajado por todos los países, en triunfo, con su belleza y sus escasas dotes de artista.

Había oído contar de ella que en España tuvo una corte de poetas que le hacían versos; pero que ella los desdénó por un torero, dichosa de sentir la caricia de la mano que rendía a las fieras, entre las aclamaciones de la multitud.

En Italia le habían hecho madrigales; había paseado en góndola por los canales venecianos y había gozado los encantos de la campiña napolitana, donde las grandes pecadoras tenían en sus alcobas la imagen de la Magdalena, a la que cubrían con una cortinilla, o ponían de cara a la pared cuando estaban acompañadas.

Renée fué la compañera de su madre durante la última estancia en París. La llevó a las grandes modistas, la encomendó modelos hechos para ella por célebres pintores; la acompañó a la Opera, llena de joyas y vestida con audaz originalidad. Su madre se volvió una mujer distinta bajo la dirección de Renée.

Luisa, muy niña, no se mezclaba a la vida de las dos señoras. Su madre, que no tenía inconveniente en ir con Renée a todas partes, no consentía que ésta alternase con su hija. De un modo imprudente solía insinuar porqué no quería que Luisa alternase con su amiga. Esta debía tener un amante yankee o brasileño, de uno de esos países cuyo solo nombre suena a monedas de oro sobre mesa de mármol, que costaba su lujo estrepitoso.

La jovencita guardó siempre el recuerdo de aquella mujer que le hizo respirar por la primera vez el aroma picante del pecado.

Ahora, muerta su madre después de la penosa enfermedad que la retuvo largos años de volver a París, Luisa tornaba deseosa de gozar la vida que había vislumbrado, de conocer la embriaguez del triunfo, de su lujo y su hermosura. Pero apenas llegada se encontraba como perdida en la gran ciudad.

No era cosa fácil navegar sin guía en sus calles, ausentarse de adonde estaba la verdadera elegancia, y buscar la manera de introducirse en la in-

timidad de las mujeres interesantes, que no conocía. Renée se le aparecía como la salvadora, la maestra, que podía abrirla las puertas de la sociedad parisiense e iniciarla en sus misterios.

II

La amistad de Luisa y Renée se había hecho íntima, sin que fuese un obstáculo la diferencia de edad que existía entre ellas.

Luisa se distraía de tal modo con las extravagancias de Renée que pasaba el tiempo a su lado sin experimentar aquel malestar del fastidio que la abrumaba antes.

Para ella era Renée una maestra que le enseñaba el arte de gastar el dinero, pero haciéndolo con una elegancia que no sabían tener los nuevos ricos.

La belleza de Luisa comenzaba a llamar la atención en París desde que se vestía, siguiendo los consejos de Renée.

La prensa hizo la reseña del traje verde con que se presentó en la inauguración de la Opera, adornada con el aderezo de esmeraldas, cuya luz fría contrastaba con los brillantes que las rodeaban y les hacían parecer una guirnalda de hierba tierna húmeda de rocío.

En pleno día, a la luz del sol lució un traje de mañana, rojo subido, sin miedo al contraste de su belleza rubia.

Renée se mostraba contenta de los triunfos de su amiga, como si le alcanzase una parte de ellos. Se gozaba en notar las miradas furtivas, llenas de envidia que le dirigían. No profesaba a Luisa un cariño materno, pero la quería de una manera tiránica, como si hubiese encarnado en ella para gozar con sus triunfos, ya que ella no podía alcanzarlos por sí misma.

La antigua reina de la moda vivía aún en su amiga sus días gloriosos.

Ella conservaba todavía su cuerpo lozano, esbelto; su talle, lleno de gentileza; su busto, redondo y gracioso. Con los vestidos sueltos, los grandes sombreros y los raros tocados que sombreaban su rostro pierrotesco; de ojos pintados y labios sangrientos; su mirar tenía una profundidad apasionada y misteriosa.

Ella se había atormentado para conservar su belleza. No hubo masaje ni remedio que no emplease. Se había sometido a la operación de que le cortasen pedazos del cuero cabelludo y unieran después los bordes de la herida, bajo el cabello, para que su piel quedase lisa y tirante como si apretase en un bastidor. Al fin se había resignado a no luchar más achacando la culpa a la falta de los productos de tocador que se usaban cuando ella tenía quince años. Ahora ya no se fabricaban aquellas cosas que le sentaban tan bien.



Olivada de sus antiguos adoradores, apartada de la sociedad en que siempre había alternado, viviendo con una modesta rayana en la escasez, después de haber gozado de la opulencia y el fausto, René se acogió a Luisa como si en ella se sintiese revivir de nuevo.

La aconsejaba y la pervertía a un tiempo mismo. Ella le enseñaba, el

arte de la elegancia y de la coquetería; pero tenía buen cuidado de no hacerse pesada.

No había hecho ninguna confidencia de su vida a la joven ni había querido recibir ninguna de ella.

—Las mujeres—le dijo—, tenemos una historia dividida en tres tomos. los dos primeros son iguales en todo; días de inocencia y un desengaño, que por unas cosas o por otras, no perdona a ninguna. El tercero lo escribe la fatalidad y siempre se ignora el desenlace. Yo no quiero decirte nada que pueda amenguar tu amistad, ni saber cosas que luego te pese haberme dicho.

Con Luisa volvía Renée a su antigua vida. Daba satisfacción a su gusto por el lujo y las diversiones extravagantes. La acompañaba a las reuniones, los paseos, los teatros y los bailes. Aparecía a su lado en los palcos de la Opera, como si su decadencia sirviese de marco para que resaltase más la lozana juventud de Luisa.

Lejos de sentir envidia experimentaba placer con los triunfos de su amiga. Su único pesar era que Luisa, rica e independiente, no se mezclaba en aventuras galantes.

Con frecuencia la sacaba de su marco de refinamientos para llevarla a los restaurantes baratos de los barrios de Grenche o de Montmartre, en busca del contraste que ofrecían.

Entraban en los bailes escandalosos, en las tabernas canallas y Renée se reía del ridículo de Luisa, que solía decirle:

—Una noche nos van a cortar los dedos y las cejas, para llevarse los anillos y los pendientes.

—No lo creas—decía ella—. No se figuran que son verdaderos. Los triunfos que alcanzas aquí son los más desinteresados.

Pero Luisa tenía un temperamento dulce y casto. Estaba demasiado enamorada de sí misma para reparar en ningún hombre, entretenida con sus satisfacciones de amor propio. Amaba las cosas, las situaciones, las fiestas y la alegría. Los hombres le servían sólo de distracción para matar horas de aburrimiento oyendo sus galanterías. Sentía la necesidad, que le había comunicado Renée, de deslumbrar con sus rarezas y sus caprichos; pero su gran preocupación era no ceder a los amores hasta encontrar el amor romántico, con que soñaba.

A veces, con gran desesperación de Renée, Luisa sentía una aguda crisis de misticismo. No acudía a la cita de su amiga ni a la diversión que tenían preparada, en su vida de incesante vértigo. Se iba a la iglesia, se adormecía entre los perfumes tibios y las flores marchitas, llena de una extraordinaria beatitud; hasta que pasados algunos días, volvía, como poseída por una fuerza superior, a continuar su vida mundana, para desaparecer después durante un largo interregno.

Renée se desesperaba de lo que ella llamaba la frialdad de Luisa. Ella que vivía en la vida de su amiga necesitaba que ésta se enamorase. Si Luisa no amaba ella no valería a gustar las delicias del amor. Segura de no inspirar ya la pasión, había renunciado orgullosamente a los devancos que aún se le ofrecían de manera pasajera. Pero estaba segura de vivir, de vibrar, de estremecerse de amor y de pasión si Luisa se llegase a enamorar de alguno.

III

—¿No te aburres?—le preguntó de pronto Luisa a su amiga.

—No.

—¡Dichosa tú! El aburrimiento es el fantasma de mi vida. Me atrae todo, con tal de libertarme de él, pero todo me cansa. En vida de mi pobre madre lo achacaba a la falta de voluntad, a la vida sedentaria que me obligaban a hacer. Ahora cuando ya tengo todo lo que ansiaba el fastidio me sigue persiguiendo.

—Porque no amas.

—No me hables de eso. ¿Crees que yo no conozco el amor? Pero estoy convencida de que sólo se ama una vez y yo he amado ya.

—Deja que te amen a ti.

—¡Oh, no hay cosa más aburrida que una pasión de la que no se participa!

—Oyéndote—dijo burlona Renée—se recuerda a esos ingleses que están en visperas de suicidarse.

—No creas eso. Quien nada tiene lo ansía demasiado todo para pensar en morir. Los que se suicidan son los que ya lo tienen todo.

Renée estaba confusa oyendo a Luisa. Ella la había guiado por aquel camino de exaltación de la fantasía para hacer una mujer que se le pareciese y ahora comenzaba a asustarse de su obra. Ella ya, con la edad y los desengaños, recobraba un equilibrio, que contrastaba con lo que había sido; como si hubiese nacido en ella una mujer diferente.

Pero se reconocía y se amaba en Luisa. Había renacido en ella. Luisa tenía aquella antigua inquietud suya que nada bastaba a satisfacer. Se cansaba lo mismo del esplendor que de la modestia; del placer y la diversión que del romanticismo y la quietud.

Renée tenía la esperanza de un amor que llegase a interesarla, pero aquella revelación de un desengaño y de una pasión antigua la asustaron. Luisa le parecía una criatura aún más pesada de lo que ella lo había sido; incapaz de amar ni de guardar un recuerdo. La veía pasar de una cosa a otra; de una idea a la opuesta, con la ágil y graciosa ligereza con que brinca un corderillo.

Los chiflons, los perfumes y los adornos, tenían aún el poder de atraerla. El negocio más serio de su vida era la elección de un traje o de una joya.

Después de sus días de quietud parecía acometida de un vértigo. Se multiplicaba para estar en todas partes: en las carreras, en la Opera;

aparecía a caballo en el Bosque por las mañanas y en el te del Dancing de moda por la tarde.

De pronto se cansaba de aquella vida elegante y se la veía aparecer en un cabaret de Montmartre, en un baile como Mabillo o el Molin-Rouge para saltar alegremente con los maestros de danza, y batir el record de la resistencia.

Había temporada en las que la atraía la ruleta y se la veía pasar la velada entera sentada junto a la mesa, con el librito y el lápiz en la mano, haciendo mil cálculos y combinaciones a fin de tornas favorables a la suerte.

No tardó en interrumpir de nuevo estos pensamientos de su amiga:

—La verdad es que, en contra de lo que se dice, el mundo es muy pequeño, y tiene pocas cosas sorprendentes. París, suma de todo placer para muchos no es más que un gran poblachón donde se repiten constantemente media docena de cosas.

—¿Pero por qué me dices todo eso?—preguntó Renée.

—Porque estoy aburrida de no saber donde encontrar algo nuevo, y tener que volver a cenar a los mismos sitios y las mismas cosas.

Renée meditó un momento. Le era realmente difícil encontrar nada que satisficiera el deseo de novedad de Luisa. Habían ya recorrido muchas veces todos los lugares que existen en París. Unas noches sus cenas eran en los restaurantes y en los hoteles más lujosos, otras buscaban los mariscos de Brunié o los platos regionales de los italianos o españoles; algunas iban a cualquier brasserie del Fanbourg o a uno de aquellos restaurantes, especie de tabernas, de la orilla izquierda, donde acostumbraban a cenar chófers y cocheros.

Renée prefería ir a los segundos para no tener que soportar aquellas rarezas de Luisa que llamaba la atención con sus caprichos. Siempre se le ocurría pedir las cosas más raras para obligar a ir a buscarlas, con perjuicio de desdeñarlas después. Obligaba a los criados a cambiarle el taburete de los pies, modificar una luz, calentar más el plato, o traer una nueva fruta.

—¿Pero no dices nada?—insistió Luisa impaciente.

—Pensaba en que aún no hemos ido al restaurante Climo

—¡Tienes razón!

Se levantó palmeando con alegría.

—Te aseguro que me encanta esa idea. ¿Cómo no lo hemos pensado antes? Recuerdo haber ido con mamá a un restaurante ruso, que ya no existe, y jamás he olvidado el rico caviar y el te con su rueda de limón que nos dieron.

—Ese restaurante no existe ya.

—Pues debía haber otro ruso. No puedes figurarte la impresión que me hacían todos aquellos comensales. Me parecían todos revolucionarios terribles, conjurados...

—Pues la mayor parte no eran más que estudiantes franceses de modesta fortuna.

—No me digas eso, aquellos eran rusos, bolchevikis.

—Si quieres podemos ir al restaurante griego. Allí te darán la choncrout con un nombre helénico.

—No, prefiero el extremo Oriente.

Una hora después las dos amigas estaban sentadas ante una mesita, en la sala del restaurante Chino, mirando la enorme carta, encuadrada en pergamino, y llena de nombres que no comprendían.

—¿Qué elegir?

—No entiendo una palabra.

—Pues hay que tener cuidado no nos pase como al torero español, que eligió los cuatro primeros platos de la carta y le sirvieron cuatro consomés.

—Preguntemos al camarero, y sobre todo no dejemos de encargarnos los célebres nidos de golondrinas—dijo Luisa.

—Que, seguramente, no serán tan sabrosos como los pececillos fritos que nos servían aquí cuando esto era la Taberna Pascal—repuso Renée recordando los días de su juventud.

—¿Estás añoradora?

—¿Y tú?

—Yo encantada de haber hallado algo que me entretiene.

La llegada del primer plato cortó la conversación. Las distrajo la contemplación del servicio de mesa, el pote de arroz que ocupaba el lugar del pan, y las cucharillas de hueso, pintadas, casi sin mango, que había para servirse, y las tazas sin asa para beber el té, que reemplazaba al vino.

—Todo esto—comentaba Luisa—es muy agradable. Pero yo quisiera que fuese más chino todavía. No basta con la decoración del local y el servicio de la mesa. Debían servirnos camareros amarillos de ojos oblicuos, con túnica y coleta.

—¿Y que no supieran francés?

—¡Claro!

—Te pareces a una amiga mía que lamentaba, en una excursión a las grutas de Ham, que estuvieran iluminadas.

Pero el entusiasmo decayó cuando probaron la sopa de nidos de golondrinas.

—¡Pouaf!

—Es imposible comer esto.

El camarero sonreía burlantemente. Estaba acostumbrado a ver aquel efecto.

—¡Si todos los platos son como este nos hemos lucido!—decía Luisa.

—Los otros platos les gustarán—intervino el camarero—. Para tomar los nidos de golondrinas es necesario tener el paladar habituado. Lo mismo le pasó a Mme. Lantelme cuando le ofrecieron un banquete chino en Niza. Poco antes de su suicidio... La serví yo mismo.

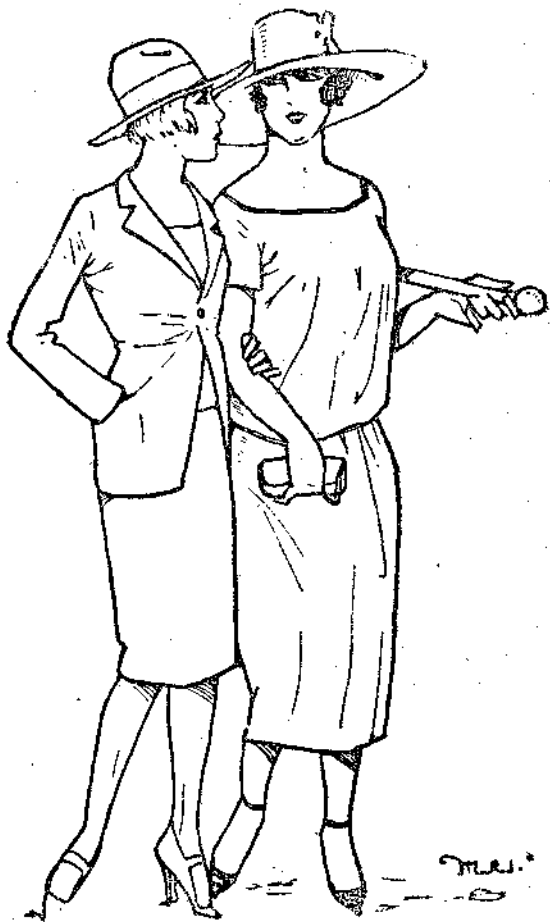
Aquella cita avaloró la cena y dió importancia al camarero.

Los platos que se sucedieron eran sobrosos y desconocidos. Había tallos tiernas como de lentejas recién nacidas, y de plantas que no sabían lo que eran; semillas raras, setas, ancas de rana, pescado y pollo mezclados. Todo condimentado con especias aromáticas del oriente.

Habían tenido que aceptar los cubiertos vulgares después de intentar en vano servirse de los palillos.

Repitieron los postres de capullos de rosas en almíbar, y la extraña confitura picante de agengibre. Mientras comían veían salir al salón del

piso superior muchos chinos y chinas auténticos, vestidos a la europea, pero deatados por la mirada oblicua, el color amarillo y algo de ese aire que toman las mujeres al ponerse traje de hombre o los curas al vestirse de paisano. Se los conocía el gesto y el ademán de la costumbre de usar túnica.



—Son feos—dijo Renée.

—Pero no van vestidos como debieran—respondió Luisa—. Te aseguro que con uno de esos hermosos vestidos bordados, de mandarín, que hay en los museos, y esa especie de plato que llevan en la cabeza habría algunos seductores.

—Pero necesitarían su ecleta y sus bigotes colgantes.

Una mujer alta, con aspecto de esos palos de manijá que sostienen una gran cabeza de peinadora las interrumpió ofreciéndoles un periódico. Era una mulata, proyeccionista de una obra social para la liberación de las mujeres orientales, que repartía una boja, e iba a buscarlas allí, a su propia casa, con más cuidado por su suerte que el que sentían ellas.

—Son admirables en su decisión estas mujeres—comentó Renée—, no tienen la idea del ridículo, como las latinas, por eso se atreven a todo.

Pero Luisa estaba distraída.

—Figúrate—le dijo—cu como todos estos mandarinues en ciernes vienen con franceses en vez de acompañar a sus chinitas.

—En cambio ellas vienen con franceses.

—Y ¿creés tú—siguió Luisa—que si estos chinos y chinas vuelven a encontrarse allá en su país se podrán conocer?

—¡Vaya una pregunta!

—Es que me da la impresión de que son todos iguales.

—Mira que saben francés—observó Renée señalando a un joven, color azafrán, que comía en la mesa de al lado.

Debía ser joven, aunque era muy difícil conocer la edad en aquellos rostros impassibles, inmóviles. Era el gesto que imprimía en ellos aquellos ojos verticales, formando con las cejas levantadas un ángulo agudo sobre la frente, la nariz chata, el labio prognata, que hacía la boca triste. El chino comía, moviendo ligero los dos palillos en una sola mano para servirse de ellos como cuchara y como tenedor.

—Te aseguro—dijo Luisa—que me interesa ese hombre, tan insensible en la apariencia. Me dan ganas de acercarme a él y pedirle que me refiera cosas de su país, y me cuente cuentos de "Lao-ti-Chan" o de "Ji-Chan-Lao."

—No seas loca.

No hubiera dejado de poner en práctica su idea Luisa, a pesar de la oposición de Renée, si el chino no hubiera alzado la cabeza y pasado su mirada indiferente sobre ellas. Se levantó, pagó, dió la propina al camarero, sin volverlas a mirar, y salió con paso lento y rostro inmóvil, como si estuviera sumido en un ensueño muy profundo.

IV

Ya se habían decidido a vivir juntas Luisa y Renée. Su amistad y su unión tan íntima hacía asomar a los labios de las envidiosas una sonrisa malévola. No faltó alguna de sus antiguas amigas que dijese a Renée:

—¿Te has enamorado de tu amiguita?

Ella protestó indignada, a pesar de que en su carencia de moral no ha-

llaba motivo de escándalo en nada. Lo que la molestaba era la injusticia y la ligereza de las gentes al juzgar los actos de las mujeres y quitar, con la maledicencia, ese último consuelo a las que al verse solas se unen y se apoyan, la una en la otra, para satisfacer fines económicos o meramente espirituales.

Pero su unión con Luisa no era ni siquiera eso. Era un cariño raro. No se le podía llamar maternal porque no quería a Luisa como si fuese cosa suya, sino como si fuese ella misma.

Se sentía vivir en la joven, gozaba su juventud, se apoyaba en ella, para continuar su vida intensa.

Su única preocupación era que Luisa no llegaba a enamorarse de nadie. Ella sentía la necesidad de que Luisa amara, se divirtiera, tuviera devaneos, para gozar con sus impresiones.

Renée creía su juventud de la juventud de Luisa. Esta se sonreía de la frescura y de la alegría de su amiga que aún hacía seductora aquella tercera juventud.

Renée se vestía cada vez de un modo más juvenil; su rostro delicadamente rosado por los fríos, lucía la pureza de sus facciones bajo el oro inalterable de su cabellera cortada a lo Ninón.

Jamás su afición a las joyas había sido tan grande. Se ponía los collares unos sobre otros, los pendientes, las horretas, la gran cruz de brillantes, los brazaletes, dijes, cadenas.

En los dancings ella bailaba más que Luisa.

—Yo he sido siempre una gran bailadora—decía—. ¿Por qué no he de bailar? Ya ves, ahora dicen los sabios que las ovejas y los peces danzan en sus bodas.

Delgada, ágil, Renée era infatigable para danzar los tangos y el bastán, con una alegría de chiquilla. Y sin embargo ella no tenía ningún placer en ir sola a aquellas diversiones. Se veía como al margen sin ir acompañada de Luisa.

Aquella noche la esperaba en el Café de la Rotanda, donde iban con frecuencia, obedeciendo a la atracción que las reuniones de bohemios ejercían lo mismo sobre los elegantes que sobre los burgueses para atraerlos allí.

La concurrencia se renovaba continuamente. Cerca de la mesa donde se había sentado Renée había un muchacho alto, gusapo, rollizo y sano sentado cerca de otra persona que no podía distinguir si era hombre o mujer aunque de mujer era el traje. Un cuello musculoso, una risa procaz, el gesto de la boca, todo denunciaba una masculinidad.

Unas mesas más allá estaba una inglesa alta, chata, con el cabello cortado y un aspecto masculino, al lado de una muchachita morena y delicada que le dirigía una mirada húmeda, tierna, implorante, casi ovejil.

Un hombre de sombrero anejo y chaquetilla corta, que le recordaba los toreros andaluces, estaba sentado a su izquierda, con tres muchachitas rucas, trigueñas, de grandes ojos, bocas nobles y facciones interesantes, que tenían un aire resignado. Estaban como si esperasen a que escogiera la que había de ganar el jornal.

Había muchas mujeres viejas, siguiendo aún su misera carrera galante, con el cabello blanco, llenas de arrugas, vestidas de gasas y faralaes.

Esas no eran exigentes y en la mayoría de los casos eran ellas las que convidaban y servían de Providencia a alguno de aquellos pobres muchachos que se morían de hambre y de frío.

Ella con su traje beige y rosa, su gran collar de perlas y su sombrero chiquitín llamaba la atención por la aureola del casco de oro de sus rizos y la blancura de su rostro y el fulgor de sus joyas. Nadie le decía nada, tal vez pensaban que era una gran señora, de las muchas curiosas que iban a observar y ver los tipos y los cuadros que cubrían las paredes. Estaban todas cubiertas de esos pinturas extrañas, de formas raras y bizarras, y de una inusitada violencia de color. Eran todo cuadros cubistas, impresionistas, por entre los que paseaban sus autores, con las melancólicas largas y los trajes grasientos.

Renée se fijó en un horrible cuadro amarillo, un paisaje todo pajizo con luz de yema de huevo, en el que había una melancólica mujer color bayeta.

—Es muy feo y sin embargo me gusta ese cuadro—pensó—. Lo amarillo tiene una cosa de sol, de luz cuajada, que alegra.

Llamó al camarero y le preguntó:

—¿Está aquí el autor de ese cuadro?

—No señora. Pero seguramente vendrá.

—Si es para el cuadro, la señora puede tratar con el dueño.

—No. Necesito verlo a él.

Ya iba a alejarse el camarero cuando Renée lo detuvo.

—Me encuentro algo enferma—dijo—. Tráigame calmante.

—¿Qué desea la señora?

—Quinina.

—No tenemos, pero le enviaré quien pueda ir a buscar.

Renée sonrió satisfecha. Se escapaba de Luisa para hacer aquellas compras difíciles. A veces cuando no daba con un iniciado, que no se admiraba de que le pidiesen "calmante", "quinina", "polvos de arroz" o "cerezas", que sabía que eran las denominaciones de la cocaína y la morfina, los que recibían la extraña demanda la miraban como si creyesen que era una loca.

Al poco rato se presentó un jovencito.

—Mañana, a las cinco de la tarde, en la puerta de la Magdalena.

—¿Cuánto?

—Cincuenta francos.

Ella le entregó un billete. No había cosas de engaño en los extraños tratos del mundo misterioso de la "Coco". Las adoradoras del "Idolo Blanco" eran escrupulosas y hábiles.

Cualquier desconocido, un mozo de café, un profesor de "dancing", un negro de "Jazz-Band" todos servían de medio para proporcionar a los "devotos" el opio, la cocaína y la morfina a pesar de todas las persecuciones. Renée estaba segura de que al día siguiente, en el lugar que le habían indicado, un caballero o una dama elegante pondría en su mano lo que deseaba.

Tal vez aquel misterio, aquel peligro, era el supremo aliciente de su droga.

Cuando vio llegar a Luisa sintió una llamarada de calor en la cara.



Le daba vergüenza engañarla, cuando le había prometido no incurrir en aquel vicio.

La joven se sentó a su lado y le preguntó:

—¿Te has divertido?

—No; te he esperado.

Se acercó el camarero.

—Traigame un cok-tail—dijo Luisa.

Era la m o a no pedir allí nada delicado y femenino.

Mientras lo tomaba, hablando con Renée, se aproximó a la mesa un:

joven alto, de cabellos rubios y ojos azules, y tomando con desembarazo asiento a su lado, dijo:

—Perdón, señora. ¿Es usted quien me ha llamado?

—¡Yo!... No...

El se levantó sin turbarse.

—Perdóneme, entonces... me dijeron que le interesaba mi cuadro...

—¡Ah!—interrumpió Renée—. ¿Es usted el autor del cuadro amarillo?

—Servidor de usted.

—Me gusta y quería saber qué pide por él.

—Se lo agradezco—dijo el joven sonriendo—, pero no se vende.

—Entonces...

—Pero se regala—agregó el joven.

Renée no sabía qué decir.

—¿Qué cuadro es ese?—preguntó Luisa para sacarla del apuro.

—¿No lo conoce usted?—preguntó a su vez el joven con una entonación tan dolorosa que las dos se miraron sorprendidas.

—Aquella sinfonía en amarillo—dijo Renée.

Luisa miró con los impertinentes. Sintió el mismo efecto que su amiga; el cuadro la disgustaba.

—¿Le gusta?—preguntó el autor.

—Mucho.

—¿Son ustedes... familia?

—Amigas... pero vivimos juntas, como si fuésemos hermanas.

—Me permitirán ustedes que insista en regalarle el cuadro a esta señora.

—Pero...

—Crean que me hacen un favor.

Se sentó de nuevo cerca de Luisa y bien pronto conversaron como unos amigos antiguos.

Ernesto Foudrier era rico, pintaba por afición y sin emplear más que un sólo tono. Había expuesto aquel cuadro por capricho.

—Es usted la primera persona que ha reparado en él al cabo de los meses que está aquí—decía con modestia.

El joven era guapo, tenía un aire melancólico, interesante. La conversación se hacía agradable y Ernesto miraba con arrobamiento a Luisa, pero sin atreverse a decir ninguna galantería.

Mandó bajar el cuadro, que mirado de cerca resultaba más feo y más fuertemente pajo y pidió la dirección para enviarlo.

Al despedirse, Renée dijo:

—Si quiere usted venir pasado mañana a tomar una taza de te con nosotros, elegiremos un lugar en el salón para que tenga la obra una luz favorable.

Vació él.

—No sé si debo.

—Venga usted—dijo Luisa, viendo que esperaba su parecer.

La amistad de las dos amigas con Ernesto hizo rápidos progresos. Renée estaba locamente enamorada del joven, y se creía correspondida con la pasión que él había concebido por Luisa. Pero Luisa coquetaba. Su frialdad en amores triunfaba sobre la inclinación que sentía por el joven. Se inclinaba a él por aquella preocupación continua de Renée que le hablaba constantemente de sus méritos y le hacía notar el amor que le profesaba.

Pero ni Luisa ni Ernesto se daban cuenta del amor de Renée. Era la confidente de los dos, gozando y sufriendo en aquel papel como los efectos de una doble pasión.

Ernesto se desesperaba. Luisa le consentía acompañarla a todas partes. Era el caballero que las llevaba de café en café, de teatro en teatro, y de baile en baile. La joven le confesaba que lo quería, que estaba locamente enamorada de él; había dejado de coquetear con todos los demás; había alejado toda su corte de amadores, pero no quería pasar de unos amores románticos.

—¿No me quieres?—le decía él.

—Al contrario. Es que te quiero mucho, que quiero por vez primera en mi vida... y sé que el amor al dejar de ser ilusión deja de ser amor.

—Te equivocas, Luisa; yo te amaré siempre lo mismo.

—Pero yo no podré amarte.

—No me digas eso.

—Es que yo no quiero sólo que me ames. La felicidad está en sentir el amor.

—Te haré tan dichosa, seré tan esclavo de tus caprichos que me tendrás que querer.

—Yo tengo miedo a perder esta felicidad que siento; quíereme así.

En algunos momentos, Ernesto, desesperado, le propuso alejarse de ella.

—Me causarás un dolor muy grande—confesó, sincera, Luisa.

—¿Pero si me amas, por qué no eres mía?

—Ya te lo he dicho.

—Es imposible que yo acepte esa teoría tuya de un continuo sacrificio para conservar el amor.

—Porque no me amas. Quieres irte, no te sujetas a mi lado más que el egoísmo.

En aquellos momentos desesperados acudía Renée. Ella acariciaba los cabellos de Ernesto, lo besaba, lo consolaba; le sugería la idea de que Luisa tenía el capricho de someterlo a una larga prueba.

Con Luisa se indignaba Renée.

—¿Por qué lo desesperas?—le preguntaba.

—No quiero que dejes de amarme.

—Eres una loca. Esa resistencia incitante es inmoral. El amor se da sin reservas.

Ella ponía todos los medios de aproximación de los dos jóvenes. Cenas de noche al volver del paseo. Preparó un estudio para que les hiciera los retratos; les tendía lazos para llegar a satisfacer la pasión que la devoraba y que no dependía de ella misma.

Cada noche, en su desesperación, se ponía nuevas inyecciones de morfina. Se iba consumiendo, destruyendo a ojos vistas, bajo sus sedas y sus alhajas; con su máscara teñida de rosa y sus cabellos de oro, sin que ni Luisa ni Ernesto repararan en ella.

Los dos estaban embriagados en aquella lucha constante. Se diría que Luisa había puesto tanto empeño en defenderse que ya deseaba ceder y sentía vergüenza de su vencimiento.

Vivían todos en una sobreexcitación continua. Renée se consumía presenciando las expansiones de los dos amantes, que se besaban y se acariciaban a toda hora. Era el suyo un idilio intenso, quemante, avasallador. Luisa se sentaba en los muslos de Ernesto, le rodeaba el cuello con los brazos desnudos, lo besaba en los ojos, en la boca, en los cabellos; dejaba que sus miradas grandes pasearan las delicadas curvas de su cuerpo vistiéndola como una camisa de carne, pero le negaba inflexible la entrada en su alcoba y la consumación de sus amores.

Ella le contestó un día a Renée:

—Quiero a Ernesto, pero no siento el arrebató de pasión que se necesita para ser suya.

—Sé buena con él y verás como luego la sientes.

—No... yo... te lo voy a confesar... Estoy enamorada.

—¿Y no me lo has dicho?

—Ya te lo digo.

—¿Pero de quién?

—Del chino que vimos en el restaurante.

La confesión era tan extraordinaria que Renée no pudo menos de soltar la carcajada.

—¿Te burlas?

—Hablo en serio.

—¿Pero lo has vuelto a ver?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? ¿No decías que todos son uno mismo?

—Sí; pero ese no es como todos.

—No puedo comprender que una mujer como nosotras ame a un chino. Tú bromeas.

—Te digo que no.

—Unos hombres tan feos.

—No te digo que no. Me pasa como con el cuadro de Ernesto. No me gusta y me atrae.

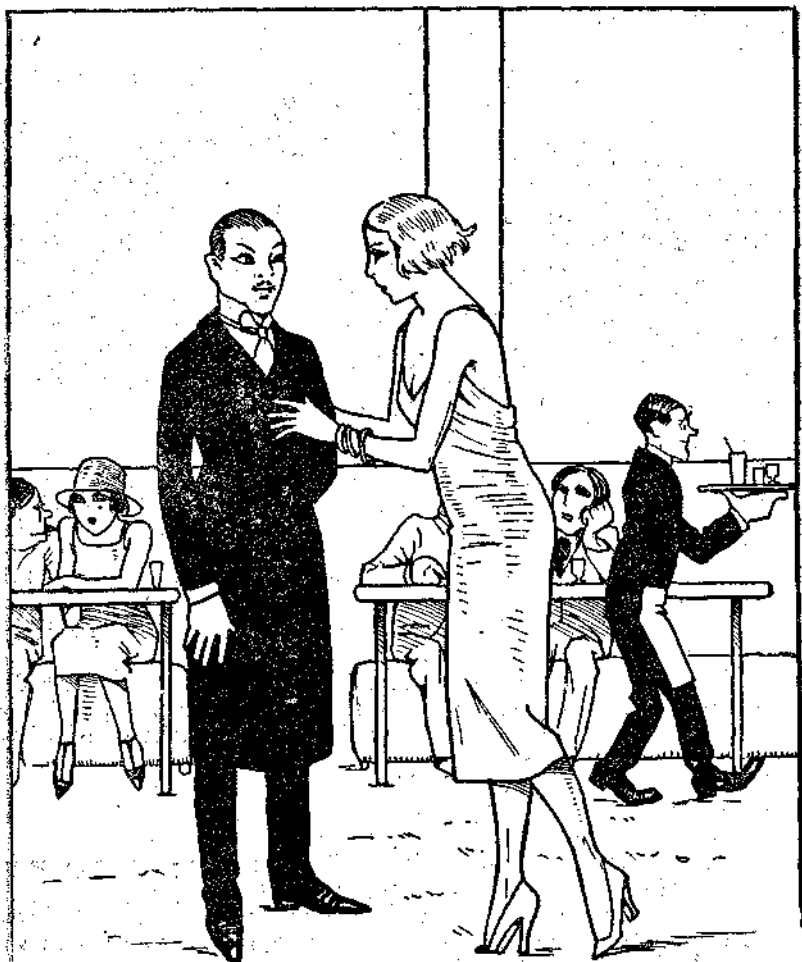
—¿Pero dónde ves a ese chino?

—Lo hemos encontrado muchas veces. Estaba el día que fuimos a la

fiesta de los jardines del Palais Royal... Lo encontramos la semana pasada en la Opera, y ayer al salir de Saint Sulpicio.

—¿Pero él?...

—No sé... Yo creo que me mira... pero cuando yo lo miro, pasa impasible, como si no me hubiera visto.



—Sí... y eso es lo que te atrae.

—Quizás...

—Fues te aseguro que el día que hables con él se te acabará todo ese romanticismo.

—¿Te crees que no lo deseo yo? Si no tuviera esa preocupación en mi espíritu, sería feliz con Ernesto.

VI

A pesar de aquella tragedia íntima de sus espíritus, todos seguían su vida de costumbre. Tenían el hábito de "trabajar", hasta cansarse y rendirse, en ir detrás de todas las diversiones. Exposición que se abría, salón de poetas o salón de modas, fiesta pública o reunión privada, estrenos notables, conciertos o conferencias, tes, visitas, comidas; había que multiplicarse para ir a todas partes. Ernesto seguía detrás de ellas, dominado por su amor, como si comenzase a aceptar la extraña situación en que Luisa lo colocaba.

—¿Por qué has querido venir aquí?—dijo Ernesto.

—Me gusta mucho todo esto—respondió Luisa.

El salón literario de la señora Emiline estaba lleno de gente de todas las clases sociales. Las mujeres, muy bonitas, llevaban allí a los artistas, los políticos y los grandes personajes, más que la amistad con la dueña de la casa.

Acababan de salir del comedor, donde en torno de una mesa muy lujosamente puesta había unas pequeñas tazas de té, ya servidas, con escasos dulces, que apenas alcanzaron para una pequeña parte de los invitados.

—Aquí no se viene por el té—advirtió Renée a Ernesto—. Aparte de unos cuantos inocentes o curiosos, los demás tratan de sus negocios.

Luisa no las escuchaba. Estaba como distraída, con toda su atención puesta en un extremo del salón.

—Me parece que lo he visto, Renée.

—¿A quién?

—Al chino.

Renée no tuvo tiempo de responder. Se iban a recitar y leer poesías y discursos, para cumplir los fines de aquel salón literario.

La señora Emiline, pasaba por medio de sus invitados con la cabeza alta, la mirada perdida, el aire inmóvil de quien está preocupado en su propia contemplación, del brazo de su marido.

—Parece una llama—dijo Renée—. Lleva rojo el vestido, rojos los cabellos y hasta las peinas son rojas.

Un "chist" prolongado hizo más profundo el silencio.

El marido tomó la palabra para explicar a la concurrencia los méritos de la dueña de la casa, su esposa, que les iba a ofrecer las primicias de un poema suyo.

Se alzó la voz entonada, imperiosa y dura de la dama, declamando sus versos.

La cortesía mantenía despierta la atención con que todos escuchaban a la disertante.

Renée miró a Luisa y la vió absorta, con los ojos muy abiertos y un aire de sonámbula, fija en un punto del salón.

Siguió la mirada y vió un chino. Era de estatura pequeña, con esa cosa de encogida o de cura vestido con pantalón que tienen los curas, muy enfundado en su levita, muy tieso, con el cuello almidonado que clavaba sus puntas cerca de la barba y hacía resaltar el amarillo limón de su cara.

¿Miraba a Luisa? Renée no podía darse cuenta de hacia dónde miraban aquellos ojos oblicuos, con las cejas atravesadas, la nariz chata, la boca de rictus triste, y el cabello llorón, alisado sobre la frente estrecha y deprimida.

—¿Cómo podrá gustarle esa careta de llanto?—pensaba Renée.

Pero Luisa seguía como fanatizada con los ojos clavados en aquel hombre tan serio y tan estirado que parecía una grotesca estatua de piedra.

Cuando acabó el recitado entre una salva de aplausos, los convidados se acercaron a dar una hipócrita felicitación a la señora Emilie. Luisa se levantó y se dirigió al sitio donde estaba el chino.

Iba a comenzar la hora de conversación privada en la que los invitados formaban grupos a su capricho: lo más interesante de la reunión.

Renée tuvo miedo de lo que Luisa iba a hacer.

—¿Quiere usted ir al comedor y traerme un guante que me he dejado olvidado?—dijo a Ernesto, para alejarle de allí.

El joven se abrió paso trabajosamente para ir a buscar lo que le pedía.

Luisa se había acercado al chino. Renée la vió hablarle, mientras que él permanecía serio, sin hablar una palabra. Con su gesto de autómatas, se volvió y se dirigió a la puerta. Luisa iba tras él. Renée quería correr tras ellos, alcanzarlos, pero la multitud se lo impedía. Cuando llegó a la escalera vió a la joven que había tomado su abrigo.

—¡Luisa, Luisa, espérame!—le gritó con desesperación.

Ella salió sin oírlo, como una sonámbula, detrás del japonés.

Al volverse, vió a Ernesto.

—¿Y Luisa?

—Venga conmigo.

Lo arrastró en pos suyo.

Al llegar a la calle vieron su automóvil esperando.

—¿Pero y Luisa?—repitió él—. ¿Cómo no está aquí? ¿Qué pasa?

La infeliz lo rodeó con sus brazos y con todo su amor y su ternura, empuzó la penosa confesión.

Habían llegado a la casa.

—Hijo, aunque ella te sea infiel, no me abandones... espera... ¡yo también te amo!

Pero Ernesto, avergonzado del ridículo, sobreponiendo su amor propio a su pasión, a su pasión por Luisa, se desasí violentamente de ella y se alejó sin hacerle caso, sin enterarse del amor que le ofrecía.

Entró Renée en la casa como si fuese ebria.

—¿Está la señorita?

—No ha venido.

Se encerró en su cuarto, presa de un estado nervioso terrible. La doncella vino a su lado.

—¿Quiere la señora antiespasmódico?

—No.

—Temo que le dé el ataque.

—Vete.

La doncella, tantos años a su servicio, acostumbrada a respetar todos sus caprichos, obedeció.

Pasaron las horas, y a la de cenar apareció la doncella.

—¿La señora está servida?

—¿Ha venido la señorita Luisa? (

—No.

—Me siento mal y no ceno.

Varias veces, en el curso de la velada, Renée llamó a su doncella. Luisa no había vuelto.

VII

Luisa encontró a Renée descalza, despeinada, mal cubierta por un salto de cama color rosa, sentada en el suelo, ante una gran fuente de losa verde llena de agua y rodeada de velas encendidas.

Un insupportable olor de cera y de pábilos llenaba la habitación. Renée parecía una muerta entre los cirios. Jamás la había visto Luisa tan pálida y tan demacrada.

Se detuvo en la puerta y Renée la llamó con voz débil.

—Entra.

—¿Pero qué haces ahí? ¿Estás enferma?

—No... Estoy triste.

—¿Y qué significa todo esto?

—Adivino el porvenir.

—¡Ah! ¿Te echas las cartas?

—No. La baraja es una cosa complicada y que engaña casi siempre. Yo adivino en el café, en la clara de huevo y en la cera.

—Nunca me has hablado de eso.

—¿Para qué? Hay muchas cosas de las que nunca te he hablado.

—Mal hecho.

—Tienes un espíritu bastante inquieto para que yo me permita turbarte más.

—¿Es que te has enfadado conmigo por lo de anoche?

—No... tú eres libre...

—Lo dices de una manera que veo que me guardas rencor.

—El pobre Ernesto se fué desesperado.

—Ya se consolará.

—¿Amas a tu chino?

—Lo he amado unas horas. Era algo superior a mí.

—¿Y ahora?



—No le conoceré ya de los otros chinos.

Renée sonreía. Su amiga era ella misma, sus mismos sentimientos cuando estaba en plena juventud.

—Pero yo quiero ver el porvenir—dijo Luisa—. Adivina delante de mí.

Renée volvió a sentarse entre las luces, tomó dos velas y dejó caer lentamente las gotas de cera en el agua, murmurando extrañas oraciones. Luego las dejó, cogió otras, repitió la misma operación y volvió a recomenzar con las primeras.

Luisa miraba aquellas gotas ardientes, de cera derretida, que se congelaban en el agua formando una especie de florecilla cóncava, como pequeñas anémonas blancas. Se movían solas, se agrupaban y se separaban como si las impulsara un viento o un oleaje imperceptible, para formar mil raras dibujos caprichosos y diferentes.

Renée los descifraba y leía en ellos:

—Aquí está tu estrella, tiene más de ocho puntas... estrella feliz... Tu vida comienza brillante. Aparece un hombre en tu vida... Una mujer rubia te tiende una asechanza... Un hombre joven te quiere bien... Ese otro hombre se interpone... Triunfa... Tú lo sigues... No veo más...

Se interrumpió, cansada y pudorosa.

—¿Qué quiere decir todo esto?—preguntó Luisa.

—Es tu destino.

—Pues no dice más que lo que ya sabemos.

—Espera... Hay que ver aún más cosas.

Vertió el agua en un jarro y volvió a llenar la vasija. Apagó las velas y las volvió a encender con los mismos ritos y oraciones. Bien pronto la fuente estuvo otra vez llena de florecillas de cera, blancas, nadando en el agua. La ceromántica comenzó su lectura:

—Mi estrella se mezcla con la tuya... Apenas tiene cuatro puntas... En lugar de estrella es cruz... Lágrimas... ¡Siempre lágrimas!... El sino misterioso... Y un hombre me quiere salvar. Hay un obstáculo que no deja que se acerque... Allí... En ese ángulo... Míralo... Un ataúd... Un muerto... ¿Quién es? La sombra empuja con R... E... soy... ¡Mi entierro!

Dió un grito y cayó presa de una violenta convulsión. Luisa, asustada, llamó apresuradamente al timbre. Acudió la doncella que no pareció sorprenderse del espectáculo. Renée se revolcaba por la alfombra sin que Luisa pudiese sujetarla. Su cuerpo se había convertido en una especie de serpiente descomulgada, alzándose sobre la cola y sacudiéndose como un látigo que rastrillase en el aire.

—Apague usted esas luces—ordenó la joven—y ayúdeme a conducirla a la cama.

La mujer obedeció sin apresurarse.

—Hay que llamar al médico.

—No es necesario—repuso la doncella—. Le da eso con frecuencia. No hay que hacer más que sujetarla para que no se golpee y cuidar de que no se muerda la lengua, pues se la destrozaría entre los dientes.

—Y apretarle el dedo del corazón... Tráiga agua... dele a oler sales...

—Es todo inútil, señora. No es mal de corazón. Son los efectos del "Idolo Blanco".

No pudo continuar. Volvía a comenzar la violencia de la convulsión. El

pobre cuerpo parecía haberse convertido en metal, rígido, duro. Había perdido la apariencia de la carne, los ojos eran como cuencas vacías y la boca una caverna por donde pasaba el aire trabajosamente.

—¡Dios mío! ¡Se va a morir!

—Se pone así con frecuencia,

—Pero no podemos dejarla de esta manera. Es preciso hacer algo.

La doncella fue a un armario, tomó una jeringuina y un frásquito de yodo. Preparó una inyección y cogiendo un pedazo de carne del brazo de Renée clavó la aguja, empujó el émbolo y el líquido fué pasando lentamente, para formar un brujón en la carne.

La antena se aquietó.

—¿Cómo tenía usted preparado el remedio?

—Lo tengo siempre; oesue que la señora tiene la desgracia de tomar todas estas cosas.

—Me ofreció que no tomaría ya morfina.

—Y lo cumple, pero toma opio y cocaína.

—Pero eso es peor.

—Sí... La pobre tiene sueños terribles... Unas veces cree que está cubierta de bichos, otras rodeada de arañas, de serpientes, de perros rabiosos. Desde hace algún tiempo le han comenzado los ataques de epilepsia. ¡Está tan estropeada!

Luisa se acercó al lecho y la miró atentamente. Así, sin adornos, sin pinturas, sin joyas, no le parecía la misma.

Sus cabellos habían perdido su brillantéz, y aparecían de dos colores diferentes, oscuros en la raíz y blanquecinos en las puntas, como si no llegase bien a ellas la savia. Daban la impresión de la plata sobre dorada cuando empieza a perder su baño.

El rostro, de color cera de altar, surcado de arrugas, entre las que se destacaba la terrible "pata de gallo", no recordaba su color albirrosa, tan jugoso, tan mórbido, tan fresco, hacia poco. Parecía haberse secado, como si le exprimiesen los jugos, para convertir la carne en una cecina con todos los poros abiertos, señalados como si sus mejillas fuesen un acericó.

Alrededor de los ojos verdes se veía el abultamiento del edema, se notaba la escasez de las pestañas y la despoblación de las cejas, en la proporción que había aumentado un vello pinchoso en la barba y el bigote.

Estaba disecada, sin carne en la garganta ni el descote, con el seno fácido, los brazos como aspa de lanzadera. Pero lo más apiadable eran aquellas pobres manos, magras y pulidas, centelleantes de sortijas, con las uñas brillando como piedras preciosas, que descansaban sobre la colcha amarilla con un gesto infantil, cuando era quizás lo más envejecido y descarnado de todo su cuerpo.

Entonces se daba cuenta del esfuerzo realizado por Renée para imitar una juventud a su lado, de aquella extraña pasionalidad que le hacía sufrir alternativas de depresión y de vehemencia, de aquella prisa con que quería vivir, liquidar sus energías y sus ansias. De aquel modo artero con que Renée se apoderaba de su vida y de sus sensaciones para vivirlas ella.

Sentía un impulso de piedad hacia aquella mujer que la había amado

tanto, hasta renacer en ella; pero sentia la repulsión del miedo a tener ante la vista su destino, de mujer caprichosa y fantástica.

Dudó un momento; alejarse era condenar a su amiga, quedarse, disminuía su vida y su juventud.

Luisa se inclinó, cogió la mano de Renée, le dió un beso muy suave y se alejó para no volver más.

Carmen de Burgos
Colombina

Treinta años.

A esta edad, si no ha caído, pronto saldrá la primera ed
na; no debéis descuidaros, usad en seguida el agua La
Flor de Oro, y evitaréis las canas, la caída y la caída del
cabello, conservándolo abundante
y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA GRACIA

LA MEJOR REVISTA COMICA DE ESPAÑA
LA MEJOR ESCRITA.—LA MEJOR DIBUJADA

LA GRACIA es el semanario festivo que publica el mayor número de dibujos en tricolor. LA GRACIA es el semanario más interesante por la novedad y el carácter cómico de sus artículos.

Entre otros publica una serie de **Entrevistas cómicas**, por la cual desfilan los más altos prestigios de nuestro mundo intelectual: escritores, artistas, políticos, médicos, militares, los cuales refieren al lector las más cómicas anécdotas ocurridas a ellos en el curso de sus respectivas profesiones. **La Historia de la Gracia**, recopilación de los chistes más famosos de nuestros escritores festivos. **Los grandes humoristas**, galería de grandes cuentistas extranjeros, y **Coplas festivas ilustradas**.

Diez de Tejada, R. Bonnat, Pérez Zúñiga, García Álvarez, Peradas y Jiménez, Torres del Alamo y Asenjo, y otros escritores cómicos, avaloran las páginas de esta revista excepcional.

**SE PUBLICA LOS JUEVES
30 CENTIMOS**

EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

(TOMO SEGUNDO)

ALEJANDRO DUMAS

NÚMEROS PUBLICADOS:

- Núm. 1.—ALEJANDRO DUMAS.—Los mil y un fantasmas.
» 2.—VICTOR HUGO.—Han de Islandia.
» 3.—CARLOS DICKENS.—Los tiempos difíciles.
» 4.—F. DOSTOIEWSKI.—Crimen y castigo.
» 5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym.
» 6.—ENRIQUE SIENKIEWICZ.—¿Quo Vadis?
» 7.—IVAN TURGUENEF.—Humo.
» 8.—WALTER SCOOT.—El pirata.
» 9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut.
» 10.—HONORATO DE BALZAC.—La piel de zapa.
» 11.—PONSON DU TERRAIL.—Las miserias de Londres.
» 12.—FENIMORE COOPER.—El último mohicano.
» 13.—GABORIAU.—Por el honor del nombre.
» 14.—WISEMAN.—Fabiola.
» 15.—LEON TOLSTOI.—Resurrección.
» 16.—A. DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo I.)
» 17.—A. DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo II.)
» 18.—A. DUMAS.—Veinte años después (tomo I.)
» 19.—A. DUMAS.—Veinte años después (tomo II.)
» 20.—A. DUMAS.—Veinte años después (tomo III.)
» 21.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo I.)
» 22.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo II.)
» 23.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo III.)
» 24.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo IV.)
» 25.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo V.)
» 26.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo VI.)
» 27.—CARLOS DICKENS.—El hijo de la Parroquia.
» 28.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo I.)
» 29.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo II.)
» 30.—VICTOR HUGO.—Nuestra señora de París (tomo I.)
» 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra señora de París (tomo II.)
» 32.—VICTOR HUGO.—El noventa y tres.
» 33.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo I.)
» 34.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo II.)
» 35.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo III.)
» 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo IV.)
» 37.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo I.)
» 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo II.)
» 39.—PONSON DU TERRAIL.—La saga del ahorcado.
» 40.—A. DUMAS.—El conde de Monte-Cristo (tomo I.)
» 41.—A. DUMAS.—El conde de Monte-Cristo (tomo II.)

132 páginas

40 ct

468